



# Cultivar y cambiar

La cultura campesina ante la mercantilización  
de los espacios rurales en Paraguay

Luis Alberto Ortiz Sandoval



Premio FLACSO Cincuenta Años

# Índice

Introducción . . . . .	7
Esquema metodológico . . . . .	9
Antelación teórica: economía y orden económico . . . . .	10

## **Primera parte**

### **El espacio social de la economía campesina**

I. Las condiciones sociales de la cultura campesina . . . . .	23
II. El mundo de la producción y la producción del mundo . . . . .	37
III. Más allá del parentesco: el espacio rural como vecindad, solidaridad y conflicto . . . . .	69
IV. Educación económica y socialización de las prácticas económicas . . . . .	85

## **Segunda parte**

### **El mercado inculturado**

V. La temporalidad condicionada y la economía de la tradición . . . . .	101
VI. El sistema moral de la economía campesina . . . . .	113
VII. El comercio, la ganancia y la maximización de la seguridad . . . . .	125
VIII. La representación social de la desventaja . . . . .	145
Conclusión: las fronteras de posibilidades de reproducción . . . . .	155
Bibliografía . . . . .	161

## Introducción

Este trabajo nace del prurito que me producían los análisis teóricos de la economía al querer explicar las dificultades de los campesinos para desenvolverse con éxito en el mercado. El carácter extremadamente sesgado de la teoría económica, que transpone al espacio social sus modelos simplificados de conductas económicas en abstracto, atizaron mi curiosidad por comprender un universo de prácticas sociales y cultura de hombres reales, que se desempeñan en el campo paraguayo en reducidos espacios y ante las circunstancias más adversas y difíciles.

La explicación de la pobreza rural, ante la cuantiosa acumulación de tierra por parte de latifundistas afanosos en mantener sus propiedades y privilegios, creía yo, no podía tener su causa en los acotados argumentos de que la desventaja campesina se debe únicamente al constreñimiento que ejerce sobre ellos la estructura conservadora de la propiedad rural o, por el contrario, a las atávicas predisposiciones a reproducirse como herederos de culturas indígenas, con costumbres que se remontan a siglos de historia, a espacios étnicos aún remanentes de la actualidad o, incluso, a innumerables intuiciones de una antropología ingenua, expresadas en prestigiadas publicaciones. Los sujetos y familias campesinas que se plantan sobre sus propios pies para insertarse en la economía, han de vérselas con el mercado rural del campo paraguayo, poco *aggiornado* a las prescripciones de la teoría económica, que lo supone “libre y competitivo”. Y en este marco, las prácticas por asegurar la reproducción de sus grupos, de sus espacios y sus costumbres, sale airoso de todas las pruebas teóricas del porqué, a pesar de ser pobres, se reproducen y continúan manteniendo sus sistemas culturales.

Finalmente, en medio de todo este pleito teórico en el que había decidido tomar mis propios lentes, ha surgido —en conversaciones informales y ralas opiniones sobre el asunto— el comentario de que “el problema de la pobreza de los campesinos radica

en que no quieren trabajar”. Ante esta aserción, no sólo decidí coger mis lentes con más firmeza, sino también forjarme alguna herramienta teórica para provocar ciertas escaramuzas con todas estas visiones, que si no son malintencionadas, al menos sí están mal informadas.

Pero no fue tarea fácil entrar en la disputa. Mediante la oportunidad que me brindara la Maestría en Ciencias Sociales de Flacso para realizar un trabajo de investigación, me dediqué a hurgar en la mayor cantidad de bibliografía a mi alcance y, según mis posibilidades de revisión, para ajustar, como decía Marx, primero cuentas conmigo mismo, y después hacerlo con los autores —y autoridades— de la temática en la sociología paraguaya e internacional.

Con estas últimas he vivido un *tour de force*. Las múltiples aristas de la descripción estructuralista y subjetivista me llevaron a discutir, primero, con las perspectivas epistemológicas sobre problemas como la acción social, la estructura social, los procesos de construcción de identidad, las prácticas económicas y la ideología. Gracias a la mayor parte de aquéllas, sólo he atinado a mantener una línea de trabajo preliminar, que después siguió con la construcción teórico-empírica del problema, para finalmente dar con la hipótesis que guiaría mi investigación. En efecto, sólo una cosa fue clara al principio: la historia de la ruralidad paraguaya expresa la más palmaria experiencia de una construcción social del mercado, causa de la especificidad que adquirió la transformación social del campo, y de cuyas implicaciones poco cargo se hace la teoría económica.

En suma, el objetivo general del presente trabajo es la explicación de la *desventaja económica* del sector campesino en el mercado, desde una perspectiva que considera las prácticas sociales. Para ello se discutirá con las tesis “estructuralistas” y “culturalistas” sobre el problema del desarrollo económico entre los campesinos minifundistas, con el fin de mostrar la incidencia de las disposiciones económicas en la construcción social del mercado y sus implicaciones con las estructuras cotidianas del espacio rural. La pregunta central de nuestra investigación está planteada, *mutatis mutandis*, como una interrogante que desconoce una causa: *¿si los campesinos establecen relaciones mercantiles y orientan su producción al mercado, ¿por qué no se benefician económicamente de éste?*

La hipótesis es que *la ganancia económica es una posibilidad legitimada como exclusiva para los agentes dominantes de los espacios rurales*. Esta exclusividad se basa en la concentración del capital y el ingreso fuera de la economía campesina, a través de los mecanismos de extracción de excedentes, cuyo efecto es la recurrente proscripción al beneficio de la economía minifundista. La reproducción de este sistema, para *hacerse legítima*, se realiza por los campesinos a través de sus prácticas económicas, que conjugan lógicas mercantiles y no-mercantiles propias de su cultura.

## Esquema metodológico

Esta investigación se basa en un estudio entre campesinos minifundistas paraguayos de dos comunidades, e intenta responder la pregunta de cómo son las relaciones entre la organización social de esos sujetos y las formas de producción, comercio y consumo al participar en el mercado rural. El propósito es comparar las experiencias de dos comunidades situadas geográficamente en dos puntos extremos del país: una comunidad se halla al sur; la otra, al noreste.

La estrategia de análisis ha conjugado tres momentos metodológicos:

En primer término, hemos recurrido a bibliografía sobre la problemática, así como a información proveniente de estadísticas oficiales de instituciones gubernamentales paraguayas.

En segundo término, llevamos a cabo un estudio cuantitativo que comprendió una encuesta y un censo. La encuesta se aplicó en San Blas, departamento de Concepción, Paraguay, bajo un criterio estadístico de selección muestral: muestreo aleatorio simple (MAS), tomando como base el supuesto de homogeneidad de las unidades estudiadas. Este supuesto fue previamente constatado en el campo, con una visita exploratoria, en la cual se identificaron sólo tres hogares que presentaban un comportamiento económico distinto al conjunto de la población. En el cálculo del factor de expansión, para ponderar la muestra, esos tres casos tomaron cada uno el valor de uno. El censo se realizó en una zona bien delimitada de la localidad de Pirapey 41, departamento de Itapúa, Paraguay.

En tercer lugar, realizamos una serie de entrevistas calificadas, con fragmentos de observaciones participantes, para dar cuenta del desenvolvimiento de los agentes. La selección de los entrevistados se determinó según un criterio primario con el que se identificó a campesinos minifundistas adultos<sup>1</sup> y varones.<sup>2</sup> Las entrevistas partieron del supuesto de caracterizar agentes *típicos*. Esto implicó la identificación de tres campesinos jefes de hogar y tres campesinos *no* jefes de hogar. Esta elección asegura la representatividad de las unidades de agentes —y sus familias— a estudiar, y se justifica porque son los principales responsables de la producción y comercialización en las localidades.

---

1 Se considerarán *adultos* a las personas de 18 años o más de edad, pues es cuando generalmente los varones campesinos ya han formado un nuevo hogar, aun cuando todavía vivan en el mismo predio de la casa de sus padres. Se considerará como *joven* a las personas entre 10 y 17 años, edad en la que se inician y consolidan en las actividades agrícolas de chacra.

2 Se definió como criterio primario de muestreo la entrevista a varones, aunque también hubo casos de mujeres que participan en actividades agrícolas de chacras, pero es un fenómeno no recurrente.

Un criterio secundario de entrevista incorporó a dos jóvenes *no* trabajadores<sup>3</sup> (uno estudiante y otro no estudiante), dos jefas de hogar, un dueño de almacén de productos manufacturados —copiador de producción— y dos empresarios agrícolas (*farmer* o ganadero). Esta elección se fundamenta en que permitió comparar a los campesinos en tanto *agentes típicos* con otros agentes que también establecen relaciones mercantiles en la comunidad, pese a no ser campesinos-varones-adultos.<sup>4</sup>

Para recopilar la información, tanto cuantitativa como cualitativa, se realizó trabajo de campo, que comprendió un total de 22 días. Respecto de la primera, la captura de los datos se hizo con el programa Statistical Package for Social Sciences (SPSS), empleando una parte (nada desdeñable) de tiempo de elaboración de la tesis. En cuanto a la segunda, las localidades rurales paraguayas tienen la característica cultural de que su lengua principal de comunicación es el guaraní. Como investigador de los aspectos etnográficos de dichos lugares, sorteé ese requisito sin dificultad, puesto que hablo con solvencia dicha lengua. Las transcripciones de las entrevistas grabadas las hice personalmente, lo que llevó otro buen tiempo. La tarea no sólo consistió en *transcribir* al papel las conversaciones registradas, sino también *traducirlas*.

### **Antelación teórica: economía y orden económico**

La alegoría de un mercado perfecto, que propugna la economía en sus enunciados teóricos, dista de un intento digno de comprender una realidad social e históricamente situada, en la que deben vérselas con hombres reales. No habría problemas si el hombre que hace la economía fuera un supuesto *homo economicus*, cuya finalidad estuviera marcada por la búsqueda del beneficio *urbi et orbi* y *caeteris paribus*. Pero el hombre concreto que participa de la economía pone en entredicho que la única esfera de atención sea la de la búsqueda de beneficio y utilidades económicas, así como de que dicha búsqueda sea indeterminada en el tiempo y en el espacio.

Lo que se denomina el mercado rural, es un complejo sistema de acciones e interacciones entre sujetos, así como de formas determinadas de estructurar mentalmente el mundo que les circunda. Lo que se denomina la relación entre oferta y demanda de bienes y servicios, no es más que una simple fórmula que busca formalizar la complejidad y la

---

3 Se supondrá que estos “no trabajadores” no serían *campesinos* productivamente, aun cuando pueden serlo comercial y culturalmente, lo cual es una de las aristas que problematizará el estudio.

4 Si planteamos una explicación, que además de las vivencias y significaciones subjetivas implique el contexto social como una totalidad cultural, el estudio no se puede agotar en los campesinos típicos.

generalidad de las acciones económicas en un espacio social determinado, en su mayoría marcadas por relaciones (capitalistas) de mercado.

Ahora bien, ¿qué es lo que prescribe la teoría económica del mercado, con arreglo a una realidad concreta e históricamente determinada? ¿Qué es lo que no puede ver, y en torno a lo cual su único criterio de evaluación es el rendimiento económico campesino y el anhelado “desarrollo rural”?

La teoría económica propone una definición conceptual del mercado como un modelo simplificado de la acción de los agentes. Es una yuxtaposición de decisiones, así como la *puesta en práctica* de las decisiones, constituida en una sumatoria de concurrencias individuales de oferta y demanda. En esta representación de la realidad, “los economistas se guían por el principio de la optimización, según el cual, normalmente, los individuos tratan de buscar lo que es ‘mejor’ para ellos, y por el principio del equilibrio, según el cual los precios se ajustan hasta que la demanda y la oferta son iguales” (Varian, 1999: 15).

El modelo presenta al mercado como un escenario de relaciones económicas donde funciona perfectamente el mecanismo de la oferta y la demanda. La teoría económica neoclásica, en tanto que conjuga ambas funciones, trata de dar cuenta de un mercado con equilibrio competitivo hipotéticamente ventajoso para todos. La *eficiencia* cumpliría este “loable” objetivo, proponiendo comparar los resultados de diferentes instituciones económicas, de modo que “si podemos encontrar una forma de mejorar el bienestar de alguna persona sin empeorar el de ninguna otra, tenemos una mejora en el sentido de Pareto” (Varian, 1999: 18).

Una concepción así del mercado presenta dos problemas: supone, en primer término, una idea sesgada de racionalidad y, en segundo, traspone el modelo a una estructura supratemporal de prácticas y significados. Ya Max Weber señalaba que “debe hablarse de un mercado tan pronto como concurren, aunque sólo sea de una parte, una pluralidad de interesados en el cambio y en las probabilidades de cambio” (Weber, 1996: 493). Esto supone en Weber que “las personas interesadas en sentido capitalista lo están en la creciente extensión del mercado libre, hasta que a algunas de ellas les es dable, bien mediante la compra de privilegios a los poderes públicos o gracias al poder de su capital, obtener el monopolio de venta de sus mercancías o de sus medios materiales de producción y cerrar así por su parte el mercado” (1996: 495-496).

La racionalidad que propone el modelo teórico de la economía se basa en una concepción antropológica de la práctica: la de que los individuos maximizan utilidades con base en unas preferencias determinadas y cuyo principal incentivo es la escasez de recursos y medios. Esta suposición, ya cuestionada por Weber en tanto acción racional con arreglo a fines, está circunscrita a un tipo de racionalidad: la instrumental. Las implicaciones de este modelo —aún vigente en muchos supuestos de prácticas—, con la modernidad, adquieren un carácter dominante.

En este marco, la economía se considera un campo de lo social, cuyas instituciones “designan un organismo que tiene una estructura estable, que obedece a ciertas reglas de funcionamiento y persigue ciertas funciones sociales” (Edmond y Picard, 1989: 91). Dado, pues, que el dinero, los ingresos, la compra-venta, la acumulación, el ahorro y la inversión, el gasto, los préstamos, los créditos y otras estructuran formas específicas de relaciones sociales, éstas funcionan según su entroncamiento, a su vez, con otras instituciones, lo cual hace que el mercado económico, con sus instituciones características, posea especificidades según los diferentes contextos.

Por tanto, al tratarse de las instituciones económicas, entre los campesinos, por ejemplo, es necesario atender su relación con la *estructura social*, lo que nos lleva a reformular el dominio de lo “económico” como campo del espacio social. Como realidad social, la economía constituye una realidad definida, desde la perspectiva institucional organizativa y una vía de acción y expresión de la sociedad que le da vida (Chaves, 2001).

Esto es particularmente importante para contextos campesinos, pues sus acciones no son meros epifenómenos de los grandes acontecimientos o de los encuadramientos estructurales, lo que los remitiría a ser simples agentes reproductores de los sistemas sociales (Scott, 2000). Por el contrario, como se advertirá en el caso paraguayo, las poblaciones campesinas se estructuran subjetivamente en torno a varias instancias de poder, entre las que el mercado y sus mediaciones en la cotidianeidad del espacio social, así como las formas locales del Estado, son las más importantes. Qué hacen, cómo lo hacen y por qué lo hacen, al tratar con estas instituciones, son preguntas que están lejos de expresar veleidades frente a los “verdaderos asuntos” de las ciencias sociales.

El mercado es resignificado creativamente como mecanismo que se interpone a la racionalidad instrumental, opuesta a sus culturas e identidades. Dicha resignificación redundante en el no beneficio bajo una moral práctica que se resumiría en el siguiente enunciado: “o ganamos todos o no gana nadie”. Esto explicaría por qué quienes quieren potenciar la ganancia económica para sí mismos, sólo les queda migrar a los centros urbanos o al exterior.

Si decimos que la vida campesina paraguaya, imbuida de una lógica heredera de una historia social de las prácticas campesinas, es una vida cotidiana históricamente constituida, no planteamos sino el principio que debe hacer posible comprender las características por las cuales los campesinos concretos actúan en función del mercado y no se benefician de éste, o dicho de otro modo, actúan económicamente sin responder a la teleología que la teoría económica espera de ellos. La comprensión de esta dialéctica nos la dará el concepto de *práctica económica*, la cual consiste en el sistema de acciones y relaciones sociales que los agentes establecen en el mundo económico (producción e intercambio), en ocasiones discursivamente conscientes de su desenvolvimiento, otras conscientes sólo prácticamente, vale decir, orientados a-problemáticamente, sin hacer de las intenciones del obrar un asunto de reflexión (Giddens, 2003: 47).